

Riesgo y control - condiciones de posibilidad para una agenda sobre lo delictual en la prensa.

Carlos Ernesto Motto.

Cita:

Carlos Ernesto Motto (2004). *Riesgo y control - condiciones de posibilidad para una agenda sobre lo delictual en la prensa. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/737>

Riesgo y control - condiciones de posibilidad para una agenda sobre lo delictual en la prensa

Carlos Ernesto Motto

Lic. en Sociología

(mottoce@hotmail.com)

Presentación

En pocos meses se ha construido un discurso que se ha presentado como un deber hacer para modificar una “realidad” incontrovertible que nos pone en riesgo, que es imperioso controlar: la inseguridad.

Una investigación de los discursos sobre lo delictual debe enfrentar a cada paso la presencia de lo Otro, fuente de riesgo y objeto de control, un campo en que se delimitan fronteras duras que excluyen, a determinados sujetos, de la ciudadanía y a veces de la humanidad. Lo Otro, presencia construida sobre la obstinada y ominosa voluntad de ausentar a los otros, búsqueda constante de resignificarlos para no encontrarlos con su identidad intacta y reveladora.

El acceder a una comprensión de los discursos sobre lo delictual requiere de la recuperación de la identidad de los otros como momento indispensable para su inteligibilidad, como pieza nodal para reconstruir las relaciones que hacen posible esas prácticas de negación material y simbólica, y desmontar cada proceso de resignificación como momento de coagulación de una determinada relación de fuerzas. La intención de esta ponencia es avanzar en este camino indagando sobre las condiciones de posibilidad de lo que ha emergido como discurso sobre la seguridad.

Para esto estudiamos los editoriales de coyuntura de tres diarios nacionales, consideramos a esta porción del discurso periodístico como síntesis indicadora del espacio de relaciones de fuerza en que se constituye la agenda política nacional. A la vez, nos interesa esa porción de discurso porque se trata de actores sociales, los medios de comunicación, que han adquirido centralidad política en las últimas décadas.

El gesto de la exclusión

Durante la última dictadura militar argentina, cuando aún no había pasado mucho tiempo de la asunción de Antonio Domingo Bussi como gobernador de Tucumán, este se encontró con el problema de la mendicidad callejera en San Miguel de Tucumán, y optó por una “solución” que podría considerarse como el primer gesto de una nueva sensibilidad hacia la pobreza en la Argentina. Hizo cargar a todos los mendigos y linieras de la ciudad en camiones y trasladarlos fuera de los límites provinciales, abandonándolos en territorio de la provincia de Catamarca.

Se pondría pensar que este gesto más que ser novedoso, es premoderno, del orden del modelo de la lepra descrito por Foucault en *Vigilar y Castigar*: un ritual de exclusión, un exilio, y por detrás la utopía de una comunidad pura. Sin embargo en el contexto de un Estado Nacional desarrollado no había posibilidad de otro afuera territorial que la expulsión del territorio nacional, y otro afuera social que la muerte, ambos extensamente usados por la dictadura no encuentran las condiciones de su realización ante estos pobres urbanos. Simple desplazamiento territorial, esta expulsión no podía rebasar su carácter de gesto, expulsión a un no lugar, a un afuera que no se había configurado aún.

Este gesto de dictador de provincia tuvo su correlato en la Capital Federal: Oszlak (1991) describe la política de población de la última dictadura militar en el área metropo-

litana del Gran Buenos Aires, partiendo de “una ecuación mínima. Toda unidad doméstica –salvo que sea autosuficiente- necesita resolver necesidades de vivienda, de vinculación más o menos permanente a una fuente de recursos materiales y de desplazamiento en el espacio entre su vivienda y su fuente de recursos” y apunta a determinar el modo en que el Estado afectó la satisfacción de necesidades que componen esta ecuación. Comprueba que las políticas públicas planteaban restricciones reales o potenciales a la radicación urbana de los sectores populares. Cuestionando la forma de apropiación y uso del suelo, justificaban la erradicación de villas de emergencia. Recuperando zonas destinadas a obras públicas unilateralmente decididas, daban lugar a expropiaciones por construcción de autopistas o por ampliación de espacios verdes (cinturón ecológico). Relocalizando industrias, producían la virtual desaparición de fuentes de trabajo y el éxodo de la población obrera. Creando reglamentaciones especiales o suprimiendo privilegios, establecían barreras de acceso económico a la construcción o locación de viviendas económicas. Todas estas medidas tendían a producir un desplazamiento de población del centro hacia la periferia metropolitana, forzándola a procurarse vivienda y servicios en zonas marginales respecto a las áreas urbanas que concentran las oportunidades laborales y de servicios. Tenemos aquí más que un gesto, una articulación de tácticas políticas. Si hiciéramos la genealogía del sujeto excluido y de su objetivación encontraríamos en este gesto y esas tácticas los acontecimientos que marcan su emergencia.

Hay en ellos algo del orden de lo económico: redefinición de la articulación de la Argentina en el mercado mundial, desindustrialización y consecuente desocupación y marginalidad. Pero hay también algo del orden de la guerra, de la redistribución de los peligros urbanos, del desplazamiento de las “masas críticas” en tanto potenciales riesgos,

una táctica de desarticulación política de los ámbitos en que la guerrilla “se mueve como el pez en el agua”, una percepción de la pobreza como riesgo a controlar.

Pero aún la exclusión era un no-lugar, debían converger una serie de prácticas que desestructurasen una manera de pensar y actuar lo urbano y lo social, y que configurarían una nueva cuestión social.

Prácticas de segregación espacial

Globalización, territorialidad y poder

Entre los años sesenta y setenta comienza a producirse una mutación profunda de los procesos de producción a escala de la economía mundial que hace que la idea de una economía nacional esté perdiendo rápidamente su sentido (Reich 1993), aunque la mayor parte de la actividad económica tiene carácter nacional o local, el núcleo básico, el que marca los ritmos y orientaciones de inversión e influye sobre los mercados, es global (Thwaites Rey 1999) Los estados, suelen resultar impotentes para controlar los flujos financieros y monetarios que determinan sus economías, así como los flujos de información mediática, y de ahí su crisis institucional. Los empresarios, los que se mueven a nivel planetario, pueden desempeñar un papel clave en la configuración no sólo de la economía, sino también de la sociedad en su conjunto pues han reconquistado el poder negociador de la política domesticado hasta entonces por el estado de bienestar (Beck 1998), adquirieron un poder de carácter extraterritorial (Bauman 1999). Aparece una nueva asimetría entre la naturaleza extraterritorial del poder y la territorialidad de la vida en su conjunto, la movilidad se impone como un factor decisivo de estratificación (Bauman 1999) Se superpondrán dos lógicas espaciales una virtual y otra real, mientras

la virtualidad constituye una condición básicamente económica, la territorialidad se inscribe en el campo de lo social, de la vida colectiva y, por extensión, de la vida política (Barrios, 2000).

Ciudad global, metrópolis y suburbio

La mutación de los procesos productivos intensificó la urbanización de la economía debido a la demanda creciente de servicios por parte de las empresas en todas las industrias, las ciudades se consolidaron como centros neurálgicos en los que se asienta una nueva arquitectura productiva estructurada sobre la base de empresas configuradas en red, cuya cristalización territorial incidió en la conformación de lo que Sassen (1998) ha caracterizado como una gran red global de ciudades.

Borja y Castells (1997) hablan de *megaciudades* que no se definen por el tamaño, sino por ser nodos de la economía global que concentran funciones de dirección, producción, gestión del planeta; poder político, control de medios de comunicación; capacidad simbólica de creación y difusión de los mensajes dominantes. Pero lo más significativo para nuestro trabajo: *“...es que están conectadas externamente a las redes globales, mientras están internamente desconectadas a aquellos sectores de sus poblaciones locales considerados funcionalmente innecesarios o socialmente perturbadores (...) Las megaciudades son constelaciones territoriales discontinuas hechas de fragmentos espaciales, de parcelas funcionales y de segmentos sociales.”* Se preguntan los autores si vamos hacia la ciudad dual pues lo nuevo es *que los procesos de exclusión social más profundos se manifiestan en una dualidad intrametropolitana (...) siendo así que en distintos espacios del mismo sistema metropolitano existen, sin articularse y a veces sin verse, las funciones más valorizadas y las más degradadas (...) Dichos procesos exis-*

ten en casi todas las grandes ciudades por que su lógica está inscrita en el nuevo modelo de desarrollo tecno-económico.”

Dualización que en uno de sus polos encuentra una nueva marginalidad urbana o marginalidad avanzada que frente a una pobreza que era residual o cíclica, geográficamente difusa y se consideraba remediable hoy parece ser permanente, desconectada de las tendencias macroeconómicas y establecida en barrios relegados aislados y separados por un abismo del resto de la sociedad. (Wacquant, 2001)

Metropolización en América Latina

Desde nuestra perspectiva se hace imprescindible destacar que la urbanización en Argentina se ha desarrollado desde un principio en el marco de la dualidad propia de estructuras socioeconómicas dependientes y extravertidas, que generaron distribuciones poblacionales macrocéfalas con metrópolis vinculadas al mercado mundial como centro. Las villas miseria, fueron el resultado de las migraciones promovidas por aquel desarrollo dual y extravertido, asentamientos temporales en el sentido de lugar de paso o primera configuración de un barrio obrero. Esta historicidad de la pobreza es lo que habilita a Auyero (2001) a hablar de continuidad y discontinuidad en la historia de los enclaves de pobreza en la Argentina. Continuidad de una pobreza estructural que se ha venido acumulando, y discontinuidad cuyo umbral está marcado por los años 80 y 90 con el aumento de la desocupación y la desatención de la mano social del Estado, esta cara de la pobreza es la que reconoce similitudes con la descripta anteriormente por Wacquant, pero teniendo presente que la dinámica poblacional urbana argentina destacará especificidades latinoamericanas: por una parte una extensión de la pobreza que ha pasado la mitad de la población lo que nos sitúa ante ciudades pauperizadas en las

que la pobreza difícilmente se encapsule en guettos. Por otro el predominio de la de población joven e infantil, que sumado al incremento de la esperanza de vida impone nuevas características a la cuestión social en las ciudades latinoamericanas: i) un fuerte peso de la población inactiva; ii) una creciente demanda de empleos y bienes y servicios (salud, educación, deportes, cultura) en el contexto de su privatización, iii) una carga mayor sobre la seguridad social en materia de jubilaciones y iv) un proceso de urbanización, feminización e infantilización de la pobreza, los cuales son consecuencia no sólo de la dinámica demográfica, sino principalmente de las modalidades que posee el empleo urbano (Ziccardi 2001).

La nueva marginalidad urbana en la ciudad latinoamericana

En este sentido el aporte del texto de Wacquant (2001), es que nos ofrece herramientas de análisis en una perspectiva relacional, atendiendo a las tendencias macroestructurales, al Estado, al espacio y a la acción de los propios actores en posición de marginados. Así las intervenciones de la nueva cuestión social pueden abordarse entendiéndolas como un entramado creado en la intersección de cuatro dinámicas: la macrosocial: el resurgimiento de la desigualdad social; la económica: la mutación del trabajo asalariado; la espacial: concentración y estigmatización y la política: la reconstrucción de los Estados de Bienestar; (Wacquant, 2001)

Describiremos brevemente las dos primeras para detenernos luego en la tercera y pasar a analizar la cuarta en el apartado siguiente.

La dinámica macrosocial se caracteriza porque la nueva marginalidad se difunde en un contexto de crecimiento económico de modo que la opulencia y la indigencia, el lujo y la penuria, la abundancia y la miseria florecieron lado a lado. Esto se debe a que las

transformaciones en la organización productiva demandan puestos altamente calificados a la vez que eliminan empleos para trabajadores sin calificación. Así la marginalidad avanzada parece haberse desacoplado de las fluctuaciones cíclicas de la economía nacional (Wacquant, 2001) En la región esto puede verse con crudeza al contrastar la reactivación económica 90, que sucedió a la llamada década perdida de los 80, con una creciente desigualdad y aumento de la pobreza. Así Torres (2001) constata que el incremento de la tasa de actividad en el GBA entre 1990 y 1997 estuvo acompañado por un incremento más acusado de la tasa de precarización del empleo y también por incrementos de las tasas de desocupación y subempleo.

En cuanto a la dinámica económica se refiere a la mutación del trabajo asalariado que implica una doble transformación: Por una parte cuantitativa, referida a la eliminación de empleos semicalificados: una fracción de la clase obrera se ha convertido en superflua. En Argentina se ve acentuada en sus efectos porque la urbanización de la población no fue acompañada de su plena salarización en el período anterior. Esto se ve agravado por la privatización de empresas estatales a la que se suma una desindustrialización y reprimarización de la economía.

La otra parte de la transformación es cualitativa y se refiere a la degradación de las condiciones básicas de empleo que ya no otorga protección contra la amenaza de pobreza. Aún los puestos bien remunerados de la economía global implican, según Senett (2000), un conflicto entre carácter y experiencia la flexibilidad y eventualidad de la historia laboral corroe el carácter. Es que el mismo contrato salarial se ha convertido en una fuente de fragmentación y precariedad que hace que las fronteras entre las zonas de integración, vulnerabilidad y exclusión (Castel, 1997) sean por definición porosas, planteándose en vez de una situación dualista un continuo de situaciones de vulne-

rabilidad en un arco que abarca las tres zonas (Lvovich, 2000). A las desigualdades estructurales entre categorías se le superponen otras dinámicas, intracategoriales que se perciben individualmente como exclusión tomando como patrón de referencia la categoría de origen (Fitoussi y Rosanvallon, 1997) Estas tendencias se forman en Argentina sobre la arena de una pobreza estructural extendida anterior y un salario real decreciente. Esta transformación cualitativa es la que tendrá un peso muy particular en la formación de la subjetividad de los sectores medios, como veremos en seguida.

Según Wacquant la dinámica espacial se formaría bajo el par concentración y estigmatización. Así la nueva marginalidad se desarrollaría bajo la tendencia a conglomerarse y acumularse en áreas irreductibles y a las que no se puede ir, que son claramente identificadas como pozos urbanos infernales. Baste recordar en nuestro país el ejemplo del Barrio Ejercito de los Andes que fue etiquetado como Fuerte Apache, antes de comenzar a ser demolido por el más que simbólico método de la implosión, puede apreciarse que un penetrante estigma territorial recae sobre los residentes de esos barrios. Se produce además en esas regiones una pronunciada disminución del sentido de comunidad que alimenta a su vez una retirada a la esfera del consumo privatizado y las estrategias de distanciamiento que socavan aún más las solidaridades locales y confirman las percepciones despreciativas de los barrios. Estas tendencias a la autoestigmatización en cuanto barrios, son destacadas por Auyero (2001) desde su planteo etnográfico, por Mendicoa y Veneranda (1999) en su trabajo de encuestas sobre La Matanza y también Dammert (2001)

Esta concentración y estigmatización fue correlativa de una mutación en las concepciones de lo urbano que acompañaron los cambios productivos y las configuración de las

megaciudades antes descritas. En el área metropolitana de Buenos Aires el neoliberalismo de los noventa trajo una nueva práctica urbana.

Clichevsky (1996) al analizar la política pública urbana durante la primera mitad de los 90 en la ciudad de Buenos Aires plantea el cambio de paradigma desde el planeamiento ortodoxo, racionalista y asentado en la idea del desarrollo, que definía planes maestros y normativas generales a un paradigma flexible que pretende el reconocimiento de los actores asumiendo un discurso participativo, pero que además se amalgama con un descreimiento en el progreso y que en los hechos termina en un realismo economicista que define políticas “focalizadas”, segmentadas, que promueven las grandes obras.

Por otra parte, se mejoran los espacios para los pobres “porque siempre lo seguirán siendo...”, se permite la edificación en alturas planteándolo como una cuestión cultural, se desarrollan tecnologías que permiten las construcciones de gran tamaño. Esta estrategia flexible se encuentra fuertemente condicionada por los intereses de las empresas, estas encuentran las más variadas formas de influencia sobre el gobierno local, en la ciudad de Buenos Aires la articulación empresas-sector público se dio, fundamentalmente por el mecanismo de excepciones al Código de Planeamiento Urbano muchas veces “a pedido”.

En el mismo sentido dicen Mignaqui y Elguezabal (1997) que en Argentina, la puesta en marcha de este “estilo” de intervención, no considera la metrópoli en su conjunto, actúa sobre fragmentos de espacio urbano, generalmente de alta rentabilidad, bajo la forma de decretos o leyes nacionales. El reemplazo del urbanismo reglamentario por uno “estratégico” más “operacional” y “fragmentario”, sin un marco jurídico-administrativo, entraña una agudización de las viejas desigualdades intramunicipales e intermunicipales así como una mayor segregación socio-territorial.

Las autoras comprueban que la intervención del sector público y privado en Capital Federal está orientada fundamentalmente a la modernización urbana. En provincia de Bs. As. la iniciativa pública va dirigida a la infraestructura y obras viales y la privada a la modernización urbana (consumo para niveles socio-económicos medio-altos, residencia, recreación, compras, sedes empresariales y oficinas). Además la concentración de la intervención pública como privada esta en el área costera de la capital y bordes costeros metropolitanos norte y sur. Constituyéndose un “sector brillante”, moderno. En el marco de la Reforma del Estado y del proceso de modernización iniciado en 1989 las autoras concluyen que podríamos decir que el Estado no sólo no habría abandonado el rol de promotor del desarrollo urbano sobre el AMBA sino que se constituiría en el actor clave del desarrollo de la región y de la modernización urbana del área central (Capital Federal)” Y concluyen que bien podríamos decir que la metrópoli se ha convertido en una “ciudad global” en la medida que aparecen los siguientes rasgos: servicios avanzados en el área central, aumento en el uso del vehículo privado y en las inversiones en obras viales, de telecomunicaciones y energía. Desarrollo de nuevas formas de distribución comercial (hipermercados, centros de comercialización) y de consumo (shoppings, fast-food), nuevas modalidades de gestión e intervención sobre el territorio bajo formas de sociedades mixtas o corporaciones público-privadas que hacen factibles las macro-operaciones y posibilitan la gestión privada final de estos espacios.

La ciudad no solo se dualiza sino que se fragmenta, a la expulsión militar, a las tácticas del desplazamiento le siguen intervenciones flexibles que revalúan los espacios urbanos, que restringen la circulación y obturan la comunicación, la geografía que mapea materialmente los procesos de degradación del trabajo.

Prácticas de focalización de la pobreza

Sociedades de control y nueva cuestión social.

De las cuatro dinámicas de Wacquant nos resta la política que según el autor está determinada por las reformas neoconservadoras de los Estados de Bienestar. Nos será de fundamental importancia el concepto de sociedades de control, lo tomamos de Deleuze (1995), quien destaca que *"... tras la segunda guerra mundial: las sociedades disciplinarias eran lo que ya no éramos, lo que dejábamos de ser. Estamos en una crisis generalizada de todos los lugares de encierro: prisión, hospital, escuela, familia. (...) Son las sociedades de control las que están reemplazando a las sociedades disciplinarias."* Pero no será hasta los años sesenta que las instituciones de disciplina entrarán abiertamente en crisis (Melossi, 1976), junto con el *"Estado - providencia"* (Foucault, 1991) en que se sustentaban.

La cuestión social se va a redefinir, esta que surgió como una sutura del pensamiento moderno que intentaba salvar la distancia entre el ser social y la ciudadanía. Obturada la posibilidad de considerar el trabajo como un derecho ciudadano en el mismo seno de la revolución burguesa (Donzelot, 1996) las clases dominantes buscaran la forma de intervenir sobre la sociedad para mantener su cohesión. Aparece así, junto con la represión, la beneficencia privada y pública que luego devendrá política social en el marco del Estado de Bienestar. Una intervención de la sociedad, a través del Estado, sobre la sociedad misma, que como nos lo recuerda Foucault (1976), no es una mera contención de las fracturas sino una acción positiva de construcción los sujetos.

Aquel estado de bienestar, de política keynesiana tendía a asumir la cuestión social, dando preponderancia a los procesos de control primarios (familia, escuela, servicios

sociales). Su crisis fue concordante con la crisis de acumulación capitalista, lo que produjo un cambio en las estrategias del capital (Melossi 1976). Dos cuestiones pasaron a ser centrales desde la perspectiva del control social: el desempleo y el déficit fiscal. El estado se vio imposibilitado de actuar como hasta entonces (Foucault, 1991) se desmontó una política social basada en la moralización y la integración y se abocó a los sistemas de control llamados secundarios, fundamentalmente organismos de seguridad pública (Herbel, 1995), y a nuevas modalidades de tratamiento y gestión de las poblaciones que operan sobre el par inclusión/exclusión de diferentes segmentos de población (de Marinis, 2000). En este sentido destaca Wacquant (2001) que los Estados son grandes motores de estratificación, pues no sólo despliegan políticas destinadas a paliar las consecuencias más evidentes de la pobreza también contribuyen a determinar quien queda relegado, cómo, dónde, y durante cuánto tiempo, y concluye: el achicamiento y la desarticulación del Estado de Bienestar son dos de las grandes causas del deterioro y la indigencia sociales. Pero además la reformulación de las políticas sociales va derivando en una nueva beneficencia gerenciada, este paradigma que viene de los organismos internacionales (Banco Mundial, BID) está apoyado en desarrollo de las técnicas de medición social (Fleury, 1998) para determinar el blanco de la intervención, y tienden a acentuar la fragmentación social y a concentrarse territorialmente insularizando la vida.

Nos parece sugestivo el trabajo de Fournier y Soldano (2001). Las autoras parten de reconocer que “el barrio” fue exhibiendo una centralidad singular, en tanto espacio de reproducción cotidiana de la vida. Luego señalan que debe calibrarse la noción de “enclave” para pensar los lugares/espacios de concentración de la pobreza pues resulta conveniente evitar tanto una remisión automática a la idea de exclusión o aislamiento

como de “destitución” total de los relegados. Además encuentran problematizable la cuestión del “abandono” del Estado pues destacan que han proliferado una serie de intervenciones estatales focalizadas que cobraron una creciente centralidad para la reproducción de la vida. También señalan que es necesario testear la cuestión del encojimiento de redes y de la desertificación organizativa, ya que la participación en éstas suele ser un importante recurso para la acción y la supervivencia más allá de clientelismos políticos. Basándose en estos reparos conceptuales es que eligen hablar de marginalidad social, si se entiende con ello vivir en y de los márgenes, y no fuera de ellos, hablar de exclusión refiere a la idea de una completa separación.

Continúan las autoras, los espacios en insularización se caracterizan por su capacidad para condicionar territorialmente, las formas de la sociabilidad. El no poder salir en busca de recursos, transforma al espacio barrial del ámbito de lo familiar y conocido, al ámbito de lo posible. Una de sus hipótesis de campo, es que de algún modo, los recursos provenientes de los planes estatales activan instancias de sociabilidad y micropolítica, sitiados por planes, sostenidos por planes. “Bajo planes” es una categoría social, una imagen sintetizadora para los receptores del modo en que conceptualizan las relaciones que producen y en las que viven. A la vez, este autorreconocimiento se relaciona con la realidad de los procesos de territorialización implicados en estos planes focalizados: son efectivamente barrios atravesados por la presencia de los planes en los que se está produciendo cierta subjetividad en torno a la recepción de estos planes, básicamente producida por la interpelación del Estado.

Nos encontramos entonces con nuevas técnicas de gobierno y con nuevas configuraciones de la subjetividad. En relación con las primeras nos dice de Marinis (2000) que en el neoliberalismo, el concepto de población se ha redefinido, y deviene creciente-

mente fragmentado: sectores de riesgo y peligrosidad, por una parte, y sujetos “in”, por la otra. Lo universal cede su paso a baterías ultrafocalizadas y diversificadas de tecnologías que atienden las “necesidades sentidas” de las poblaciones “en situación de riesgo”, ya no se gobierna lo diverso a través de “lo social”.

En cuanto a las nuevas configuraciones de la subjetividad nos preguntamos en qué medida la adaptación favorece aquí la instalación de las desigualdades categoriales (Tilly, 2000) podemos inferir que las prácticas de los actores se entrelazan con esas técnicas de gobierno y que la focalización, sea de la política social como de la intervención urbana, implica determinación de objetivos, interpelación como tales y por tanto construcción de identidades, la utilización de instrumentos que cosifican a los sujetos en nuevos campos de conocimiento y de prácticas que los consolidan en esas construcciones. Pero la particularidad de esta nueva configuración epistémica es que las intervenciones tienden a consolidar a sus objetos como agregados de excluidos territorialmente reconocibles y como tipos sociales reproducidos desde los medios de comunicación masiva.

Prácticas de objetivación del riesgo

Las ciencias sociales hacen su aporte a la objetivación de la exclusión, plantearemos dos ejemplos interesantes, por una parte porque se componen de enunciados que ya forman parte del sentido común difundido por los medios, por otra porque se sostienen en teorías sociales ampliamente cuestionadas.

Socialidad insularizada

Kaztman (1999) se propuso contribuir al conocimiento del papel que juegan los vecindarios urbanos en los mecanismos de reproducción de las desigualdades sociales, de la pobreza y de la exclusión. En particular, en que forma afectan las probabilidades que tienen los niños y jóvenes de acceder al bienestar. ¿Qué es lo que importa del vecindario? El vecindario acota la estructura de oportunidades que brinda la sociedad al ámbito más inmediato a los hogares.

La importancia de las consecuencias de la composición social del vecindario se acentúa en un escenario definido por un proceso de segregación residencial. Como consecuencia, los barrios resultan al mismo tiempo más homogéneos internamente y más heterogéneos entre sí. El impacto inmediato que tiene, es la progresiva reducción de aquellas oportunidades de contacto cotidiano informal que hacen posible que personas de distinta condición socioeconómica interactúen. Desde el punto de vista de los hogares de menores recursos, las consecuencias son particularmente negativas y, en última instancia, contribuyen a alimentar un circuito perverso de segregación progresiva. La separación física reduce el capital social de los pobres, pero no los defiende de la penetración de las propuestas de consumo.

Concluye el autor en una tesis abiertamente mertoneana. El empobrecimiento de activos en capital social y en estímulos del entorno social inmediato, combinado con una elevación de aspiraciones de consumo, aumenta la probabilidad de desajustes entre metas y medios institucionales para alcanzarlas, lo que suele producir situaciones anómicas. La combinación entre aislamiento social y creciente desajuste entre metas y medios institucionales es propicia para que las clases menos favorecidas por el funciona-

miento de las normas y valores dominantes desarrollen subculturas que una vez establecidas activan un proceso de reproducción intergeneracional que tiende a consolidarla. La teoría sociológica de Merton (1968) desplazó la mirada del individuo a la sociedad para buscar las causas del delito, y las teorías de las subculturas ahondaron este camino buscando en los procesos de socialización diferenciados por los que pasan los individuos. Pero unas y otras no dejaban de girar alrededor de las causas que producían al “delincuente” como objeto enfrentado y diferente del resto de la sociedad, mantenían la búsqueda en la dimensión etiológica (Baratta, 1986; Pavarini, 1983; Bergalli, 1983). El problema con estas tesis es que no ponen en cuestión la distribución del poder de definición, y parten de la normatividad como objetivada por lo cual no pueden abordar la desviación secundaria, es decir lo que desde la criminología crítica se considera el efecto de la aplicación de la etiqueta criminal (Becker, 1974) diríamos para este trabajo el efecto de la intervención de las políticas sociales, urbanas, laborales, etc. Kaztman (1999) nos dirá que los comportamientos marginales, a través de los cuales se resuelven las situaciones anómicas, aportan a la segregación residencial, los vecinos buscarán barrios más tranquilos, las clases medias y altas invertirán más en mecanismos de seguridad y cerrarán sus barrios. Así la segregación aparece como una reacción, otra vez la lógica de las cosas.

En el mismo sentido va el argumento central de Dammert (2001) que caracteriza al crecimiento de la violencia criminal y la expansión de la urbanización privada como dos procesos relacionados, su estrategia parte de considerar primero las características de la violencia y el delito a partir del análisis en los hechos denunciados presuntamente delictuosos, si bien destaca la relevancia de la “cifra negra” no se procura de ningún método alternativo para contrarrestar el sesgo del análisis, del mismo modo analiza las

características de los victimarios a partir de la población penal alertando sobre el sesgo de la selectividad penal pero sin remediarlo analíticamente, comentario aparte merecería la utilización de estadísticas oficiales criticadas no sólo por su sesgo sino también por sus insuficiencias técnicas (Daroqui, 2001). Volviendo a Dammert, encontrará, obviamente, que los delincuentes son pobres, jóvenes y mal educados. A partir de allí encarará el temor urbano partiendo de la idea de que estamos ante una crisis de la seguridad urbana en Argentina. Pero, y aquí está lo interesante para nosotros, destacará que la sensación de inseguridad es un problema aún más extendido que el crimen en sí mismo, la sensación de inseguridad no tiene relación directa con la victimización. Como veremos pronto la agenda de los medios tampoco.

La autora, al abordar específicamente la relación entre el aumento del temor y la violencia criminal con la urbanización periférica, en especial los barrios privados, habla del propio miedo de los encuestados y de la apropiación de los espacios públicos por pandillas. De modo tal que los nuevos actores de la ciudad se imponen con una clara intención de establecer marcas de separación entre aquellos que pueden pagar para vivir «protegidos» por la seguridad privada, y aquellos que quedan afuera. Se verá que en el argumento la segregación socioeconómica aparece como producto de la inseguridad, se reconoce sin embargo que las clases medias altas y altas han usado el discurso de la inseguridad como una justificación a nuevas formas de segregación espacial pero no se destaque las intervenciones de la nueva cuestión social conforman el objeto del temor, por el contrario se utiliza todo el arsenal de la criminología oficial para reificarlo.

Campo de recepción o sujetos en riesgo

“Clase media” y vulnerabilidad

La clase media constituyó el eje de la cohesión y el punto de referencia de la reproducción de la sociedad argentina durante décadas (Andrenacci, 2001) Estamos lejos de poder ofrecer en este trabajo una precisión sobre la significación del concepto “clase media” pero sí partiremos de una característica identitaria que consideraremos fue evidente, al menos en la historia de nuestro país: la clase media ha sido símbolo y ejemplo de la posibilidad de ascenso social. En el marco de un capitalismo de expansión, tanto en el territorio geográfico como social, y de un estado que ampliaba sus áreas de influencia, la identidad “clase media” fue la confluencia en etapas sucesivas de: urbanización, desarrollo del sistema educativo, desarrollo profesional, integración política, participación en el consumo, etc (Lvovich, 2000). Las trayectorias de vida, de quienes han sido señalados como pertenecientes a la clase media, han sido marcadas por la idea de movilidad social. Desde el nacimiento hasta la muerte, de una generación a otra, siempre el punto de partida se encontraba un escalón más abajo del de llegada. Esta característica es, desde nuestro enfoque, de un gran valor heurístico, en la medida que los sujetos particulares se objetivan en la vida cotidiana, la que es a la vez un momento en la reproducción de la sociedad (Heller, 1977).

Esta característica pierde sustento material en los últimos 20 años produciéndose una creciente fractura en los sectores medios que acompaña la creciente fragmentación del conjunto de la sociedad. Buena parte de estos sectores no sólo pierden participación en los ingresos, también un horizonte de ascenso social, pues la pauperización es vivida como una dislocación personal y como una desorganización del mundo social que los

rodea (Kessler, 2000). Es aquí donde el concepto de vulnerabilidad se hace más pertinente, pues la percepción dominante es la caída, la pérdida y en el intento de evitarlo las estrategias cotidianas buscan aferrarse a los capitales sociales y culturales obtenidos, a aquellas objetivaciones de la vida cotidiana que son cada vez más representaciones del pasado, y menos vida en el presente, que sólo encuentran sustento en la relación con el otro construido como inferior, pero que se activan a la hora de acaparar oportunidades (Tilly, 2000) para quedar mejor pardo en el continuo de la desigualdad. Estas estrategias se despliegan en un marco en que mediación y movimiento contextualizan el trabajo de la imaginación cotidiana (Appadurai, 2001), su ambiente inmediato se ha ampliado por la acción de los medios y una cultura mercantilizada. La internacionalización de los procesos económicos y la migración laboral hacen reaparecer viejos modos de estigmatización, dirigidos al extranjero, al pobre, al inmigrante, que arraigan y se nutren de la crisis social.

Emigrar es una realidad de miles de argentinos de clase media que tiene efectos multiplicadores en la conciencia diaria de muchos más: remite a una historia de origen, encuentra referentes interpersonales cercanos y es tematizado diariamente por los medios de comunicación masiva. El peso de estas cuestiones es fundamental en un diagrama de lo social en que la movilidad aparece como factor de la estratificación y la desterritorialización del poder va de la mano con la estructuración cada vez más estricta del territorio (Bauman, 1999): Así aparece un doble juego de referencias, por un lado la movilización liberalizadora, personificada en una elite que seduce desde los medios masivos pero que es inaccesible para la mayoría, por el otro lado un territorio sujeto a degradación, donde habitan los otros que ya han caído, aquello que no se es, pero que está en el horizonte de lo posible, los sujetos de la nueva cuestión social.

El temor y la discriminación

Lo dicho implica trabajo discursivo, marcación y delimitación, “efectos de frontera”. Para consolidar el proceso de identificación se requiere aquello que es dejado fuera, una exterioridad constitutiva. Las identidades son construidas dentro y no fuera de la representación, surgen dentro del juego de modalidades específicas de poder y por lo tanto son producto de la marcación de la diferencia y la exclusión (Hall, 1996)

La perspectiva del estudio de la discriminación en Buenos Aires nos aportará algunas pistas. Nos dice Urresti (1999) que aunque la identidad social se procesa sobre la elaboración de la diferencia, esto no lleva necesariamente a la discriminación. Deben tenerse las relaciones sociales para llegar a ese punto ya que el proceso de identificación en el límite tiende a una especie de estructuración paranoica en la cual se anula toda diferencia, los grupos reales que más se acercan a este extremo son los ejércitos en situación de enfrentamiento. De modo que para que el etnocentrismo se vuelva discriminatorio es preciso que la relación con los otros esté atravesada por la agresividad que implica un plus: la negación, la desvalorización y llegado el caso, la supresión. En esta relación el diferente se convierte en excluido: se vuelve amenaza, peligro. Entonces la discriminación es una relación social en la que la identificación de los otros se representa en el interior de una matriz en la que aparecen reificados, estereotipados y reducidos tanto material como simbólicamente a ocupar un lugar inferior. Es la acción a través de la cual se desvalorizan ciertos atributos, justificando directa o indirectamente el ejercicio de la violencia sobre aquellos que los poseen.

Según Margulis (1999) Las situaciones de prejuicio y rechazo que se observan en Buenos Aires no se centran en grupos diferenciados solamente por una clara identidad

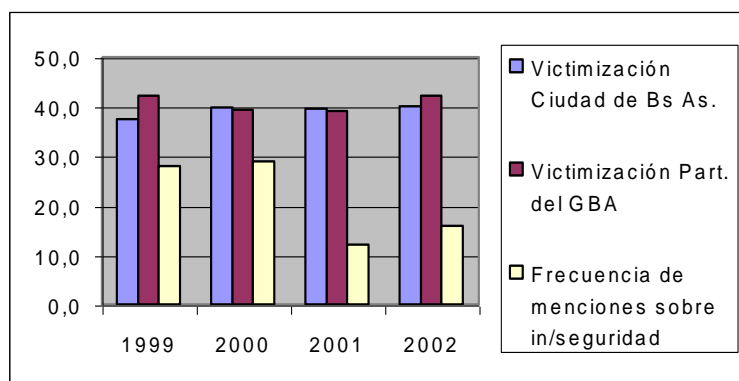
étnica, la distinción se dirige a elementos de orden sociocultural que vinculan tales rasgos con la pobreza y la marginación. Se trata de una discriminación no reconocida, vergonzante. Se discrimina por nacionalidad, primero a los extranjeros, luego a los provincianos y luego a los villeros, los discriminadores son fundamentalmente hombres de más de 40 años, poco instruidos con ocupaciones laborales de baja calificación, y la discriminación es más frontal en los barrios de menor nivel socioeconómico (Balvedera 1999). Por su parte Urresti (1999) concluye que son en general los sectores más vulnerables los más discriminantes de la franja poblacional más próximas o sea extranjeros o migrantes que pueden competir por sus trabajos, pobres que reciben ayudas que ellos no reciben a pesar de su vulnerabilidad.

Se crea así un campo en el que se reconfigura la identidad clase media, desarrollándose prácticas de significación que están sujetas al juego de la diferencia y que movilizan recursos de la historia, el lenguaje y la cultura. Podríamos decir, intentando seguir a Tilly (2000), que la proximidad social del competidor activa mecanismos de emulación inscriptos en libretos, aunque con grados bajos de institucionalización estos se hacen preponderantes cuando el conocimiento cara a cara es magro, ya que está obturado por la insularización. Al ser suplantada la relación directa por la tipificación de los otros desde los medios de comunicación, las improvisaciones sólo se encaran con recursos mediáticos, los libretos se hacen rígidos, estereotipados. Los medios como veremos inmediatamente ofrecen todo un repertorio del que nutrirse.

Prácticas discursivas de consolidación de la segregación, la focalización y la objetivación.

Zonas vulnerables y tolerancia regulada

Los editoriales de coyuntura de los principales diarios pueden funcionar como un indicador de la agenda política que se construye en el campo periodístico de los medios, como se puede observar la frecuencia con que este tema de la “inseguridad” es abordado en tres diarios (Clarín, Página 12 y La Nación) no se correlaciona con el índice de victimización que construye el INDEC¹, por el contrario para los años que tenemos datos van en sentido contrario. Es una obviedad pero vale la pena recordarlo a partir de este cuadro, la agenda de los medios no es una agenda representativa de los intereses o sentimientos mayoritarios sino una construcción producto de una variada confluencia de intereses.



¿Cómo se configura esta agenda relativa a los temas de in/seguridad? ¿De donde surge la fuerza que hace saltar los temas delictivos de las páginas policiales a las notas de opinión,

y a los debates políticos?

La intervención de los medios tiene fundamentalmente un carácter moral que puede presentarse como control de la arbitrariedad estatal o prefigurar el estado de excepción

¹ Resultados de la Encuesta de Victimización anual, aplicada a población mayor de 15 años. Entrevistados que declaran haber resultado victimizados en al menos un delito.

ante situaciones críticas tendiendo a rebasar los límites del derecho (Hardt y Negri, 2000) y legitimar de ese modo el neodecisionismo, entendiendo a este como un modelo que, en un marco de vigencia constitucional, implica facultades discrecionales del Ejecutivo y en lo jurídico opone la excepción a la norma y como consecuencia la fuerza sobre el orden legal (Bosoer, y Leiras 1999).. Las intervenciones morales son practicadas por una articulación de medios de noticias y organizaciones no-gubernamentales, las cuales son aceptadas como actuando sobre la base de imperativos éticos, que en muchas oportunidades son consideradas parte de una sociedad civil global, esto es el núcleo de lo que se denomina la accountability social (Peruzzotti y Smulovitz 2002). Pero esta articula a su vez con la accountability horizontal (O'Donnel 2002) compuesta por agencias estatales lo que termina componiendo un dispositivo complejo y flexible dispuesto para el control de los acontecimientos.

Se puede observar siguiendo el cuadro Foucault (1991) destaca un papel particular de los medios de comunicación masiva ante las transformaciones del estado-providencia: la constitución de un consenso que implique una cierta regulación espontánea de lo social, limitando la intervención directa del poder. Este tema es, desde nuestro enfoque, central, pues todo discurso que intente reconstituir una identidad "clase media" tiende a delimitar el campo de posibilidad de un consenso social. Tenemos entonces una sociedad de control que se ha dado mecanismos rápidos y flexibles para intervenir sobre sí misma en la búsqueda de la cohesión. Entre ellos los medios de comunicación masiva se nos aparecen como un aparato integrado y difuso de ideas e imágenes que producen y regulan el discurso y la opinión pública centrando la atención sobre sí mismos. Creando un sinóptico o sociedad del espectáculo que destruye cualquier forma colectiva de socialidad -individualizando a los actores sociales- imponiendo al mismo tiempo

una nueva socialidad masiva, una nueva uniformidad de la acción y el pensamiento que trabaja basándose en el miedo (Hardt y Negri 2000; Bauman 1998; Sennett 1997)

En otra oportunidad (Motto, 2001) trabajamos sobre el discurso judicial de los medios en el contexto las sociedades de control, entonces observamos allí como el discurso presenta la información reproduciendo el programa de acción de la nueva configuración de poder descripta por Foucault (1991) y retomada por Herbel (1995) Estos destacan que el estado está obligado a economizar su propio ejercicio del poder definiendo 'núcleos conflictivos'. Estos se dibujan claramente en el discurso mediático. Otra característica esta dada por un mapeo constante de las situación que permita detectar y actuar sobre esos núcleos conflictivos, y finalmente la aparición de un consenso espontáneo ligado a los medios y que libere al estado de intervenir constantemente.

Al sopesar la importancia relativa de los casos en el tema *inseguridad* nos encontramos con que el delito que caracteriza este tema es el interpersonal violento. O sea, por una parte un delito típico de las clases bajas, pero además aquel que es factible de espectacularizarse (Neuman 1999)

Encontramos entonces una primera selección, del discurso queda excluido el pequeño delito cotidiano, el que es tolerado, o mejor dicho controlado, pero también está fuera de este tema el delincuente de guante blanco. Este último aparece en medio de disputas políticas o entre grupos económicos. Pero el pequeño delito cotidiano, y fundamentalmente aquel intraclase, será convocado para reforzar la demarcación social, cuando el delito violento necesita explicación y origen es allí donde se busca. Hallamos en ese sentido un informe especial sobre la localidad de Ingeniero Budge en el Gran Buenos Aires, en el que se dibuja un territorio donde miseria, inmigración, violencia familiar, delincuencia, alcohol y drogas se superponen y entremezclan de tal modo que: *Una pelea*

por una deuda de unos pocos billetes. Una controversia pasional en apariencia menor. Una fiesta donde abunda el alcohol. Cualquiera de estas situaciones (...) puede ser suficiente para que todo termine en tragedia,” (...) “Puede haber un 20 o 30 por ciento de marginales pero bastan para manchar al resto” (...) “los chicos sacan los monederos en las ferias a las mujeres; encierran a las viejitas en la calle para sacarle lo poco que llevan...” (...) “....hay 45 o 50 lugares fijos en los que se vende droga. Hay familias enteras que viven de este comercio,...” (...) “Uno pasa para tomar el colectivo y le exigen pagar desde 50 centavos en adelante. Y si uno no llega a tenerlo le sacan las zapatillas o la campera.”²

Se va trazando así un mapa de lo social estrechamente vinculado a lo territorial, “es esa la zona roja”³. Este señalamiento regional, zonal, podemos suponer que es el plano público de ese sistema de información general del que habla Foucault (1991) y que en países como el nuestro no sólo apunta al conocimiento preciso de los núcleos conflictivos sino a una evaluación constante de la conflictividad social, una topografía general del malestar que excede la simple identificación de enclaves (Herbel, 1995) El delincuente es remitido a una clase de “excluidos” que en nuestro país ronda el tercio de la población, superfluos para la actividad productiva estos sectores se convierten en masa de maniobra, el hecho de mantener estas situaciones territoriales y poblacionales de ilegalidad, puede transformarlas en 'zonas de guerra' permeables a incursiones punitivo-ejemplarizantes que pueden dosificarse a tenor de la conveniencia política: por la 'alarma social' que pueda causar un crimen espectacularizado o por la capacidad de

² Clarín, 29/11/98, pág. 56 y 57 Ingeniero Budge, una de las zonas más temibles del país; Una masacre que hizo historia; Un barrio que no tiene clubes, bancos, bomberos ni correo; La tíoípica lucha de pobres contra pobres; tragedias familiares.

³ Idem nota anterior.

enfrentamiento al sistema estatal que puedan adquirir organizaciones delictivas o situaciones de desborde social Herbel (1995)

A la hora de encarar la *inseguridad* no excluye esa realidad socio-económica pero toma el matiz de una fatalidad progresista que puede plantear con cierta conmiseración: *“La bala hizo algo más. Les recordó a todos (...) que decenas de chicos pasan ese límite cada vez más seguido. Que no pueden salir de esa espiral que empieza saltando la tapia hacia la ropa colgada. Que no tienen otra cosa. Que se vuelven asesinos sin razón.”*⁴. El resentimiento no es razón, la falta de futuro no es razón, es una pura fatalidad originada en la miseria, en la lógica de las cosas.

Vemos como al demarcar las áreas del programa del control social, en un mismo movimiento se convierte en un nudo que las vincula con la acción. Una chispa pone en movimiento al discurso que construye la noticia, el “hecho” producido dispara la alarma social, el discurso la hace resonar y señala las “zonas rojas”, el estado interviene y su intervención es en sí un espectáculo para los medios, generalmente en medio de este acontecer es la legalidad la que ha sido forzada, por el estado o por los particulares capaces de hacerlo, pues la justicia se adhiere a la acción, a los hechos debidamente mediatizados. El temor activado justifica las medidas de excepción y el endurecimiento de las leyes.

Según Barata (1992) se puede constatar que estamos asistiendo a una nueva representación del ritual del delito. Pero esta vez el escenario punitivo no se desarrolla sobre el cadalso en las plazas públicas, sino en el relato que aparece en las primeras páginas de los diarios y en la pantalla del televisor. Los medios periodísticos, frente a los casos de violencia conmocionante, tienden a reproducir la experiencia vital del espectáculo

simplificando la estructura narrativa en un esquema polar bueno-malo (Fernández Pedemonte, 2001) que funcionan como alarmas sociales y señales de largada de olas de violencia mediática condicionantes del sistema político (Michaud, 1989)

Los escenarios de la vida cotidiana son reformulados en los medios, la violencia y el delito tienden a focalizar y simplificar la realidad, ya de por sí compleja y difícil de abordar. La influencia de los mass media se acentúa en las crónicas de sucesos por referirse a un mundo marginal con el que la mayoría de la población no ha tenido relación directa. El imaginario colectivo se impone acrecentando el miedo difuso de la inseguridad ciudadana por su parte el dramatismo aumenta por el peso emotivo de imágenes y dejan poco espacio al raciocinio. Hay elementos suficientes para afirmar que los medios construyen su propio discurso del delito, que en muchas ocasiones tiene poco que ver con la realidad social.

Mediando entre la desigualdad y la exclusión

Suele hacerse hincapié en la lógica del nuevo desarrollo tecno-económico, que lleva a hacer superflua a buena parte de la mano de obra. Esto, que es la base sobre la que se ha producido una profunda transformación de las relaciones sociales, en algunas argumentaciones se inscribe en una línea de pensamiento que, por ubicarse en el plano de “la lógica de las cosas”, termina siendo una versión refinada de “pobres hubo siempre” y que, por ende, en el plano de la “*lucha contra la pobreza*” no rebasará la propuesta de una nueva beneficencia eficiente, focalizada y autogestionaria, posición asumida por el Banco Mundial y el BID cuando se hizo imposible seguir sosteniendo el matrimonio teórico entre crecimiento económico y desarrollo social (Korzeniewicz y Smith, 2000) Y en

⁴ Clarín 8/1/99 pág. 29: Una espiral interminable

el plano de lo delictual en una presión sin fin por mayor prevención y control policial y dureza creciente de la acción penal.

La exclusión es un concepto vacío si lo entendemos como la carencia de atributos para la inserción al mercado, como falta de acceso a bienes, como condición de vulnerabilidad o como subcultura, cada una de estas perspectivas remite a la búsqueda de una condición parcial. Otra perspectiva tratará a la exclusión como negación de derechos, se hace así necesaria una norma que defina legalmente su estatuto, sin embargo no parece que el requisito jurídico sea imprescindible, pues como todo proceso social es relacional y definido por normas construidas socialmente. Si la desigualdad es un fenómeno socioeconómico la exclusión lo es cultural, se trata de un proceso histórico por el cual una cultura crea la interdicción y la rechaza (Fleury, 1998)

Ese proceso cuyo extremo es el genocidio es posible periodizarlo, en cinco momentos: 1. la construcción de una otredad negativa, 2. hostigamiento, 3. Aislamiento espacial, 4. Debilitamiento sistemático y 5. Exterminio (Feierstein 2000). Un repaso por este trabajo nos sugiere que cada uno de estos momentos coexiste en la realidad, si nos negáramos a reconocer en el aumento del encarcelamiento y el llamado "gatillo fácil" rasgos de las dos últimas etapas, debiéramos, al menos, prestar atención a esta suerte de exterminio simbólico que tiene su punto culminante en la realización de una pena mediática. Como señalamos la dinámica emotiva de los medios empuja más allá de la legalidad, valida la acción excepcional, no requiere la formalización de una ley para estatuir una exclusión de la ciudadanía.

Bibliografía

- Alfonso, Alejandro: A la ciudad para el ciudadano por la comunicación, en Revista Diálogos de la comunicación N° 47 (1997)
- Andrenacci, Luciano. Desigualdad social, fragmentación espacial: la cuestión social contemporánea en Buenos Aires, Documento de Trabajo, ICO, UNGS (2001)
- Appadurai, A. La modernidad desbordada, Trilce/FCE, Buenos Aires. (2001)
- Auyero, Javier “Introducción. Claves para pensar la marginación”. En Wacquant, Luic. Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio. Manantial, Bs. As. (2001)
- Balvedera, Carlos, Discriminación social en Buenos Aires, una aproximación cuantitativa, en Margulis, Mario; y otros; La segregación negada: cultura y discriminación social, ed Biblos, Bs. As., (1999)
- Barata, Francesc: Las Nuevas Fábricas del Miedo, en Oñati Proceeding N°22, Euskadi,. (1992)
- Baratta, Alessandro; Criminología Crítica y Crítica del Derecho Penal; Edit. Siglo XXI; Mexico; (1986)
- Barrios, Sonia; Las metrópolis al principio del nuevo milenio: una agenda para el debate en Torres Ribeiro, Ana Clara (Compiladora) Repensando la Experiencia Urbana de America Latina, Cuestiones, Conceptos y Valores Bs. As. CLACSO, (2000)

Bauman, Zygmunt: La globalización, consecuencias humanas, FCE, Buenos Aires.
(1999)

Beck, Ulrich, ¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización, Piados, Barcelona, (1998)

Becker, Howard; Los extraños; Tiempo Contemporáneo; Bs. As.; (1974)

Bergalli, El Pensamiento Criminológico; Edit. Península; Barcelona; (1983)

Borja, Jordi y Castells, Manuel, Local y Global, La gestión de las ciudades en la era de la información, Edit. Taurus, Madrid, (1997)

Carrión, Fernando: Ciudad, comunicación y Cultura, en Revista Diálogos de la comunicación N° 47 (1997)

Castel, Robert: La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado, Paidós, Bs. As. (1997)

Clichevsky, Nora; Política Social Urbana, Normativa y Configuración de la Ciudad, Edit. Espacio, Bs. As. (1996)

Dammert, Lucía. Construyendo ciudades inseguras: temor y violencia en Argentina. EURE, vol.27, no.82 (2001)

Daroqui, Alcira, El Estado Penal, en Encrucijadas N° 11, UBA, (2001)

De Forn, Manuel; Temas estratégicos emergentes en las ciudades de la globalización, en Joan Parpal, El desarrollo urbano en el Mediterráneo Barcelona: Mancomunitat de Municipis del Àrea Metropolitana de Barcelona, (1998)

de Marinis Pablo Una genealogía histórica de las tecnologías de gobierno de poblaciones en los espacios urbanos, ponencia a "Lo Urbano en el Pensamiento Social", IIGG, (2000)

de Marinis, Pablo, "Gobierno, gubernamentalidad, Foucault y los anglofoucaultianos: un ensayo sobre la racionalidad política del neoliberalismo." en García Selgas F. y otros; Retos Actuales de la Teoría Social: Globalidad, Reflexividad y Riesgo, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas (1999)

de Mattos, Carlos A; "Metropolización y suburbanización", en EURE (Santiago) v.27 n.80 Santiago (2001)

Deleuze, Gilles: Pos-scriptum sobre las Sociedades de Control en Conversaciones 1972-1990, Pre-Textos, Valencia. (1995)

Donzelot, Jacques, L'invention du social. Essai sur le déclin des passions politiques. Editions du Seuil, Paris, 1996.

Elbaum, Jorge "Luces de la Ciudad: La ocupación simbólica de la Noche", en Herzer M Hilda comp.. "Postales Urbanas del Final del Milenio" Of. De Public. Del CBC, UBA, Bs. As. (1997)

Entel, Alicia: La ciudad bajo sospecha: Las nuevas políticas públicas en la vida de la gente, en Revista Diálogos, de la comunicación N° 38 (1994)

Feierstein, Daniel; Seis estudios sobre genocidio, Eudeba, Bs. As. (2000)

Fitoussi, Jean-Paul y Rosanvallon, Pierre: La nueva era de las desigualdades; Buenos Aires, Manatíal, (1997)

Fleury, Sonia; Política social, exclusión y equidad en América Latina en los 90, en Revista Nueva Sociedad N° 156, (1998)

Foucault, Michel, "Nuevo Orden interior y control social" en Saber y Verdad, la Piqueta, Madrid (1991)

Foucault, Michel; Vigilar y Castigar, Edit. Siglo XXI, México (1976)

Fournier, Marisa y Soldano Daniela. Los espacios en insularización en el conurbano bonaerense: una mirada al lugar de las manzanas, Trabajo presentado en la III Jornada Anual de Investigación de la UNGS; (2001)

García Canclini, Néstor Consumidores y ciudadanos: conflictos multiculturales de la globalización; Grijalbo; México; (1995)

Giddens, A.; Consecuencias de la modernidad, Alianza, Madrid (1990)

Grompone, Romeo; Exclusión y control social, Un nuevo mapa peruano; en Revista Nueva Sociedad N° 156, 1998

Hall, Stuart: ¿Quién necesita identidad?, en Questions of Cultural Identity, editado por Stuart Hall y Paul du Gay, Sage Publications, mimeo, traducción de Alicia Entel. (1996)

Heller, Agnes: Sociología de la vida cotidiana, Península, Barcelona, (1977)

Herbel, Gustavo Adrián; Hacia nuevas formas de control” en Delito y Sociedad N° 6-7. (1995)

Katzman, Ruben; Activos y Estructuras de oportunidades: estudios sobre las raíces de la vulnerabilidad social en Uruguay.. CEPAL, PNUD, Montevideo, (1999)

Kessler, Gabriel: Redefinición del mundo social en tiempos de cambio. Una tipología para la experiencia de empobrecimiento, en Svampa, Maristella (editora): Desde abajo. La transformación de las identidades sociales; Buenos Aires, UNGS/Biblos. (2000)

Korzeniewicz, Roberto y Smith, William: “Pobreza, desigualdad y crecimiento en América Latina: en búsqueda del camino superior a la globalización”; en Desarrollo Económico vol. 40, N° 159; Bs. As., (2000)

Lvovich, Daniel: Colgados de la soga. La experiencia del tránsito desde la clase media a la nueva pobreza en la ciudad de Buenos Aires, en Svampa, Maristella (editora):

Desde abajo. La transformación de las identidades sociales; Buenos Aires, UNGS/Biblos. (2000)

Margulis, Mario; Cultura y discriminación social en la época de la globalización en Margulis, Mario; y otros; Marcelo La segregación negada: cultura y discriminación social, ed Biblos, Bs. As., (1999)

Melossi, Dario; "Estrategias de Control Social en el Capitalismo" en Papers Revista de Sociología, Barcelona (1976).

Mendicoa, Gloria y Veneranda, Luciana; Exclusión y marginación social, Ed. Espacio, Bs. As. (1999)

Merton, Robert, K; Teoría y Estructura Sociales; F. C. E.; México; (1968)

Mignaqui Iliana, Elguezabal Liliana "Reforma del Estado, Políticas Urbanas y Práctica Urbanística", en Herzer M Hilda comp.. "Postales Urbanas del Final del Milenio" Of. De Public. Del CBC, UBA, Bs. As. (1997)

Motto, Carlos E.; "Sociedades de control y medios de comunicación" Ponencia en el XXIII Congreso de ALAS, Guatemala, (2001)

Oszlak, Oscar y O'Donnell, Guillermo; "Estado y políticas estatales en América Latina: hacia una estrategia de investigación", en Kliksberg, Bernardo y Sulbrandt, José; Para investigar la administración pública, INAP, Madrid, (1984)

Oszlak, Oscar; Merecer la Ciudad, Los Pobres y el Derecho al Espacio Urbano; Edit. CEDES-Hvmanitas, Bs. As., 1991

Pavarini, Massimo; Control y Dominación; Edit. Siglo XXI, México; (1983)

Pradilla Cobos, Emilio; Fragmentación y exclusión en la megalópolis mexicana; en Revista Nueva Sociedad N° 156, (1998)

- Precedo Ledo, Andrés; Las política de desarrollo y renovación urbana en Europa, en Rev. Ciudad y Territorio N° 98, Madrid, (1993)
- Reich, Robert B.; El trabajo de las naciones, Ed. Vergara, Bs. As. (1993)
- Rodríguez Lores, Juan, Desarrollo, planificación y política del territorio, en Rev. Ciudad y Territorio N° 102, Madrid, (1994)
- Rodríguez, Alfredo y Winchester, Lucy. Santiago de Chile: Metropolización, globalización, desigualdad; en Rev. EURE vol.27, N° 80 Santiago, (2001)
- Rose, Nicolás; “El gobierno en las democracias liberales ‘avanzadas’: del liberalismo al neoliberalismo” en: Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura N° 29 (1997)
- Sassen, Saskia. Ciudades en la economía global: enfoques teóricos y metodológicos. EURE (Santiago),. vol.24, no.71 (1998)
- Sennett, Richard, La corrosión del carácter, Anagrama, Barcelona, 2000
- Sennett, Richard; Carne y piedra el cuerpo en la ciudad en la civilización occidental, Alianza, Madrid. (1997)
- Taschner, Suzana P. y Bogus, Lucia M. M. São Paulo, uma metrópole desigual en Rev. EURE vol.27, N° 80 Santiago, (2001)
- Tilly, Charles: La desigualdad persistente; Manantial; Bs. As, (2000)
- Torres, Horacio A. Cambios socioterritoriales en Buenos Aires durante la década de 1990, en Rev. EURE vol.27, N° 80 Santiago, (2001)
- Urresti, Marcelo; Otreddad, las gamas del contraste; en Margulis, Mario; y otros; La segregación negada: cultura y discriminación social, ed Biblos, Bs. As., (1999)
- Veiga Danilo Notas para una agenda de investigación sobre procesos emergentes en la sociedad urbana en Torres Ribeiro Ana Clara (Compiladora) Repensando la Expe-

riencia Urbana de America Latina, Cuestiones, Conceptos y Valores Bs. As.
CLACSO, (2000)

Wacquant, Luïc; Parias Urbanos, Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio.
Ed. Manantial, Bs. As. (2001)

Ziccardi, Alicia: Las ciudades y la cuestión social; en Ziccardi, Alicia, Pobreza, desigual-
dad social y ciudadanía. Los límites de las políticas sociales en América Latina;
CLACSO, Bs. As, (2001)